



## Jornadas de Investigación en Filosofía

Departamento de Filosofía.  
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.  
Universidad Nacional de La Plata

### **Estanislao Zuleta: Semblante para una comunidad dialogal**

Simón Henao-Jaramillo (IdIHCS-CONICET)

Cuando explotó Hiroshima – recuerda el poeta William Ospina- Estanislao Zuleta tenía diez años; trece cuando en la esquina de la avenida Jiménez con carrera séptima de Bogotá mataron a Jorge Eliécer Gaitán y en Delhi asesinaron a Gandhi; dieciocho cuando en el año 53 Rojas Pinilla derrocó a Laureano Gómez; y dieciocho también cuando, alentado por Fernando González, el solitario de Envigado, viajó a Budapest y entró en contacto con los países de Europa Oriental (Ospina, 2003). Autodidacta desde el bachillerato, al que renunció bajo el irónico argumento de que asistir a la escuela no le dejaba tiempo para estudiar, Estanislao Zuleta llegó a ser profesor de economía política latinoamericana en la Universidad Nacional de Bogotá; de la facultad de Economía Política de la Universidad de Antioquia; y profesor y conferencista de la Universidad del Valle, de donde recibió en 1980 el Doctor Honoris Causa en Psicología y en cuyo evento leyó el “Elogio de la dificultad”, tal vez su ensayo más divulgado. Durante la década de los 80 fue asesor en temas de Derechos Humanos para las Naciones Unidas, y también asesor durante las presidencias de Belisario Betancourt (1982-1986) y de Virgilio Barco (1986-1990) en relación a temas del conflicto armado e instauración de espacios de diálogo para la paz. Estanislao Zuleta recorrió caminos de la filosofía, el marxismo, la teoría económica, el psicoanálisis, la historia, la sociología y la crítica literaria. Fue autor de muchas obras, entre las que podemos señalar *Conferencias sobre historia económica de Colombia*; *Comentarios a la introducción general a la crítica de la economía política de Carlos Marx*; *Lógica y crítica*; *Thomas Mann, la montaña mágica y la llanura prosaica*; *Sobre la idealización en la vida personal y colectiva y otros ensayos*; *El pensamiento psicoanalítico*; *Arte y filosofía*, casi todas compuestas a partir de la recolección de sus charlas, clases o conferencias, es decir, obras pronunciadas de forma oral antes que escritas. Atravesada la década de los 80, Estanislao Zuleta, fue, en definitiva, una figura influyente tanto en el ámbito académico -a pesar de mantenerse al margen de sus formalidades-, como del ámbito intelectual y político colombiano.

A partir de la lectura de algunos de sus ensayos y conferencias me propuse indagar de qué manera y a partir de qué sistema crítico se plantean en su obra las particulares

condiciones de posibilidad en las que se produce el encuentro entre los unos y los otros que componen una comunidad a partir de la violenta realidad en que vive la sociedad colombiana. La hipótesis con la cual parto es que Zuleta -quién dedicó buena parte de su obra a indagar críticamente las condiciones históricas, económicas y políticas por las cuales Colombia ha tenido que vivir una historia plagada de violencia- entiende que el encuentro entre los unos y los otros, que se produce en un espacio (una geografía) y una temporalidad (una historia), tiene implícita una paradoja: si la autonomía personal y la individualidad no están nunca por fuera del ejercicio racionalizador, como no se cansó de señalar el intelectual antioqueño, tanto la figura del otro como la relación por la cual se produce el vínculo social que se establece entre los unos y los otros debiera ser reconocida como determinante en la construcción de “*un espacio social y legal en el cual* –como señala Zuleta en su corto y agudo ensayo titulado “Sobre la guerra”- los conflictos puedan manifestarse y desarrollarse, sin que la oposición al otro conduzca a la supresión del otro, matándolo, reduciéndolo a la impotencia o silenciándolo” (Zuleta, 2005b: 29).

Uno de los temas que con mayor prolijidad rescatan los distintos lectores y críticos de Zuleta ha sido el de ver en su pensamiento una inagotable invitación a la acción. En Zuleta el pensamiento no se da por sí mismo, no se da para sí mismo. Se da, se produce y se propone como relación de aquello que, dice Zuleta,

“es inevitable descomponer, (...), porque [el pensamiento] es el trabajo que resulta de una crisis de ese sistema, y también un intento de reestructuración, de formación de nuevos vínculos y formas de determinación, de generalización y sistematización” (Zuleta, 1994b: 24).

De manera que, en tanto búsqueda de otra realidad posible, el pensamiento se da como potencia de una opción de contracultura alterna a lo que él denominaba “civilización capitalista” (Melgarejo, 2003). Esto significa que el pensamiento se da, no como pensamiento *de* algo, sino como pensamiento *para* algo. Pensar, en Zuleta, es poner en acto. En palabras de Alberto Valencia, lector y crítico de la obra de Zuleta, el pensamiento del autor antioqueño tiene un campo específico de intervención, un terreno propio que lo inspira y lo determina, esto es, el campo de la reflexión ética: “La unidad de su pensamiento- dice Valencia- está dada por una filosofía práctica, por una pregunta que en términos de Kant podríamos enunciar con las siguientes palabras: ¿Cómo debemos vivir?” (Valencia, 2007:161).

Al proponer el pensamiento como acción, Zuleta establece una relación dialéctica entre dos fenómenos. Por un lado, la idealización de la acción y por el otro, la desidealización del fin. La síntesis de esta relación, señala Zuleta, estaría en hacer que el fin esté presente en los medios. Para Zuleta, la única manera de sostener la acción es idealizándola

“...y no –nos dice en la conferencia de 1982 “Idealización en la vida personal y colectiva” -porque contenga ya en sí, dialécticamente, el sentido de aquello que persigue, prefigurando el mundo que piensa construir, determinándose como posibilidad real, es decir, como existencia actual, de la negación misma, de aquella vida cuya carencia determina la lucha; sino –continúa Zuleta- porque al contrario tiene que alimentarla con el mismo tipo de falsificación de que ha sido objeto el resultado” (Zuleta, 1994c:47).

Por su parte, la idealización del fin y del resultado conlleva una obstrucción del pensamiento y de la acción y desemboca, tarde o temprano, en la configuración de sociedades rígidas, dominadas por el terror y el miedo. Al respecto, señala, en “Elogio de la dificultad”, que “El estudio de la vida social y de la vida personal nos enseña cuán próximos se encuentran una de otro la idealización del fin y el terror. La idealización del fin, de la meta y el terror de los medios que procurarán su conquista” (Zuleta, 1994a:11). De ahí que Zuleta reclame una desidealización del fin y, con ello, una síntesis de los medios con los resultados. Al ver en la acción un dispositivo de sostenimiento de la sociedad, Zuleta entiende que una comunidad es un permanente proceso de apertura cuyo cierre (identitario, ideológico, histórico, social o político) contiene una gravedad de consecuencias que distintas sociedades, al perseguir Estados perfectos han tenido que sufrir, y con mayor horror en aquellos Estados que han incluido negaciones absolutas de la violencia y que, paradójicamente, desembocaron en violencias sin límites.

La crítica de Zuleta a la idealización del fin deriva allí en una crítica a las ideologías herméticas, dogmáticas, diría Zuleta, con las cuales han operado las sociedades cerradas. Son estas mismas sociedades, que a la manera de comunidades inmanentes volcadas sobre sí y hacia sí, las que adhieren a ideologías reductoras investidas por sí mismas como discurso primordial (el sistema argumentativo de estos discursos autoritarios los estudió Zuleta en el ensayo “El respeto en la comunicación”). Son aquellas comunidades que no pueden tolerar que se emitan discursos que difieran del suyo; comunidades que sienten amenazado, ante la más mínima interpelación, su monopolio del sentido; comunidades en donde la polisemia, la interrogación y la relativización son catalogados como procedimientos peligrosos y pertenecen a campos semánticos que debieran ser -desde su perspectiva de comunidades cerradas- abolidos. Estas comunidades y sus ideologías dogmáticas,

“no pueden –dice Zuleta en “Idealización en la vida personal y colectiva” - ser cuestionadas porque ello generaría una verdadera crisis de identidad en sus adherentes y estos prefieren concebir la palabra que los interroga como una simple máscara detrás de la cual se oculta el rostro verdadero de intenciones e intereses inconfesables” (Zuleta, 1994c:68).

El interés de Zuleta en caracterizar estas comunidades está en señalar que lo que estas comunidades buscan al idealizar el fin y no la acción, es la desestimación y la

cancelación de todo conflicto. Para ello, evocan la necesidad de la anulación, la supresión y el silenciamiento del otro. Al desestimar el conflicto, al extraerlo de su panorama de posibilidades, las comunidades inmanentes, en tanto se desarrollan, como señala Jean –Luc Nancy (Nancy, 2001), sin verse afectadas por nada externo a ellas mismas, y cuyo movimiento es el devenir de manera sumatoria, desconocen el carácter constitutivo del vínculo social que tienen el conflicto y la hostilidad. “La noción de una sociedad armónica –sentencia Zuleta en “Sobre la guerra”- es una contradicción en los términos” (Zuleta, 2005b:29)

Pero si una sociedad requiere que sus vínculos sociales estén direccionados por un carácter conflictivo que los motiva, ¿cómo lograr que los individuos que configuran esa sociedad no estén, día a día, conduciendo los conflictos al terreno de la violencia, de las armas y de la muerte? Zuleta, no sin inocencia, encuentra en el llamado “respeto a la diferencia” la posibilidad de relacionarse los unos con los otros pacíficamente en el conflicto. Este respeto a la diferencia que retoma Zuleta tiene, como primera medida, la urgencia del desencanto frente al deseo utópico de establecer sociedades homogéneas, comunidades inmanentes, discursos autoritarios; la urgencia del desencanto frente al deseo de establecer relaciones humanas idílicas, sin sombras y sin peligros, que pretendan, como dice Zuleta burlescamente en su “Elogio de la dificultad”, “un nido de amor y por lo tanto, en última instancia, un retorno al huevo” (Zuleta, 1994a:10). Esto es, de nuevo, someter la realidad a la desidealización del fin y a la idealización de la acción y con ello, disponer de una comunidad que se realice, sin finalidad, en el diálogo.

Si en las comunidades inmanentes, el sistema desarrolla unos dispositivos de inmunidad que lo protegen de lo otro, rechazando toda oposición y toda diferencia (dispositivos que están expresados en la fórmula, muchas veces citada por Zuleta, “el que no está conmigo está contra mí, y el que no está completamente conmigo, no está conmigo” (Zuleta, 1994a: 12)), en la comunidad dialogal propuesta por Zuleta, por su parte, ese sistema inmunitario se da, sí (sobretudo teniendo en cuenta que la sociedad que aborda en sus estudios es la sociedad colombiana, cuya violencia se ha prolongado a lo largo del siglo ininterrumpidamente, y por ende, es una sociedad que demanda ser, digámoslo de algún modo: atendida), pero existe –ese sistema inmunitario- en un sentido inverso, esto es, en la urgencia de la vinculación del pensamiento del otro con el pensamiento propio, de las acciones del otro con las acciones propias. En otras palabras, en la subsistencia del conflicto. Si la comunidad subsiste en el conflicto, es porque el conflicto es el espacio en el cual esa comunidad se abre, democráticamente diría Zuleta, al diálogo. El conflicto es el escenario en el cual el diálogo se proyecta y se produce, a la vez que, en él, se proyecta y se produce la comunidad. En este sentido, la comunidad dialogal sería aquella capaz de tener mejores conflictos, “de reconocerlos –agrega Zuleta en “Sobre la guerra”- y de contenerlos. De vivir no a pesar de ellos, sino productiva e inteligentemente en ellos” (Zuleta, 2005b:30).

En mayo de 1986 Zuleta pronunció una conferencia en el campamento Santo Domingo, en el departamento del Valle, al sur de Colombia. Esta intervención fue dirigida a guerrilleros del M-19 que estaban en espera del desarrollo de las negociaciones del proceso que, finalmente, en la presidencia de Virgilio Barco, llevó a su desmovilización e incorporación a la vida civil. En esta conferencia, titulada “La democracia y la paz” (Zuleta, 2005a), Zuleta habla de las dificultades de defender y sostener una sociedad cuyas bases estén sentadas sobre la idea de la convivencia en el conflicto. Para ello, Zuleta otorga al conflicto la capacidad de ser la fuerza que sostiene a una comunidad en diálogo: “El diálogo –dice ante la audiencia- es la exigencia más importante de nuestra época, pero detrás del diálogo se necesita que haya alguna fuerza. La fuerza no es necesariamente violencia” (Zuleta, 2005a:18). Debemos entender esta fuerza como aquello que instaura y permite que el vínculo social se dé de tal manera que el otro, la alteridad, sea parte constitutiva de lo uno; que sin esa alteridad, lo propio no tenga condiciones de posibilidad, puesto que sin ella, sin la alteridad, no habría diálogo posible (o sólo habría diálogo de lo uno: monólogo), y por lo tanto, no habría ser-comunicante ni ser-en-común, ni mucho menos comunidad. El diálogo al que convoca Zuleta es el diálogo que permite y obliga a los sujetos a exponerse a lo otro, al afuera, a lo extraño. Es en ese diálogo y en esa exposición donde tiene lugar la comunidad dialogal, hecha de conflictos, de acciones, no de finalidades, no de conclusiones.

Cuando Zuleta dice que “en la forma del discurso se tiene permanentemente en cuenta el pensamiento y todas las posibilidades de diferenciación que podrían tener aquellos a los que se dirige, en lugar de descartarlos o de englobarlos” (Zuleta, 2005d:54), habla de la condición del ser-comunicante, que exige la comunidad dialogal. Esta exigencia, expresada en la célebre fórmula de “ponerse en el lugar del otro”, remite a aquella posibilidad en el ser-comunicante de ser-fuera-de-sí, esto es, de ser su propia diferencia. Cuando el ser-comunicante no se expone a ser-fuera-de-sí en la diferencia, termina produciéndose lo que Zuleta llama, con triste ironía, la felicidad de la guerra:

“fiesta de la comunidad al fin unida con el más entrañable de los vínculos, del individuo al fin disuelto en ella y liberado de su soledad, de su particularidad, y de sus intereses; capaz de darlo todo, hasta su vida. Fiesta de poderse aprobar sin sombras y sin dudas frente a perverso enemigo, de creer tontamente tener la razón, y de creer más tontamente aún que podamos dar testimonio de la verdad con nuestra sangre” (Zuleta, 2005b:30), dice en “Sobre la guerra”.

Para no concluir en esa fiesta de la guerra, Zuleta propone el diálogo, el ser-en-comunicación de la comunidad dialogal que posibilite la subsistencia del respeto a la diferencia, la convivencia pacífica en el conflicto. “Hoy en día –concluye Zuleta frente a la audiencia guerrillera del campamento Santo Domingo- el aprendizaje del diálogo es

el elemento más importante para la supervivencia de la humanidad” (Zuleta, 2005a: 18).

Si, como señala Zuleta de manera simple en su ensayo “Estado y Sociedad”, “El hombre, en el núcleo más íntimo de su ser, es un nudo de relaciones e intercambios” (Zuleta, 2005c:31), debemos entender que esas relaciones, en tanto relación de los unos con los otros, son siempre relaciones dialógicas, que no están nunca realizadas, finalizadas, dadas. Se trata de relaciones que se dan, dinámicas, en el intervalo conflictivo que separa a los individuos dialogantes que posibilitan (como seres-en-comunicación) el diálogo. Si trasladamos esta lógica desde el universo abstracto hacia el universo concreto de una comunidad específica, veremos que la relación entre los unos con los otros –relación que configura, delimita y enmarca la historia- es una relación donde el espacio dialogal ha sido restringido de tal manera que la comunidad de seres-en-comunicación que conforma esa sociedad termina por anular el espacio dialogal en donde, como advertimos, se produce la comunidad. Si hemos optado por hablar de comunidad y no de sociedad es porque, ha diferencia de la segunda, la comunidad no remite tanto a la asociación y repartición de las fuerzas y de las necesidades, como a la comunicación íntima entre sus miembros. Esto nos permite pensar que una de las conclusiones de mayor peso en el pensamiento de Estanislao Zuleta es que en la sociedad colombiana la imposibilidad de la comunidad no está dada como una característica positiva, es decir, como algo *propio* de la comunidad, sino como la imposibilidad de obtener algo propio de la comunidad. Al no sustentarse históricamente -esa sociedad, la colombiana - en la permanente convivencia del conflicto, propio de una comunidad dialogal, la sociedad colombiana ha optado por la anulación del otro, por la muerte. El conflicto sería, entonces, en su permanencia, la forma en la que el vínculo social de la sociedad colombiana podría encontrar la pacificación de sus ciudadanos. El conflicto sería subsistir pacíficamente en el pensamiento y la acción del espacio social los unos con los otros. En la dificultad que implica contener el conflicto, mantenerlo, sobreponerlo, radica la sustentabilidad de la diferencia, y con ella, radica de manera dinámica, es decir, dialogal, la comunidad. Allí donde hay conflicto hay diálogo; donde hay diálogo, hay, necesariamente, comunicación; en ella, por ella, se da (dando) la comunidad.

## **Bibliografía**

ZULETA, ESTANISLAO, (1994a). “Elogio de la dificultad”. *Elogio de la dificultad y otros ensayos*. Fundación Estanislao Zuleta, Cali. (9-16).

\_\_\_\_\_ (1994b). “Tribulaciones y felicidad del pensamiento”. *Elogio de la dificultad y otros ensayos*. Fundación Estanislao Zuleta, Cali. (17-43).

\_\_\_\_\_ (1994c). “Idealización en la vida personal y colectiva”. *Elogio de la dificultad y otros ensayos*. Fundación Estanislao Zuleta, Cali. (45-69).

\_\_\_\_\_ (2005a). "La democracia y la paz". *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*. Hombre Nuevo editores, Medellín. (13-28).

\_\_\_\_\_ (2005b). "Sobre la guerra". *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*. Hombre Nuevo editores, Medellín. (29-30).

\_\_\_\_\_ (2005c). "Estado y sociedad". *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*. Hombre Nuevo editores, Medellín. (31-37).

\_\_\_\_\_ (2005d). "El respeto en la comunicación". *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*. Hombre Nuevo editores, Medellín. (48-57).

OSPINA, WILLIAM (2003). "El desafío de vivir". *Revista Semana*, 11 de diciembre. Bogotá.

MELGAREJO, MARÍA DEL PILAR (2003). "La posibilidad del conflicto. Estanislao Zuleta, desafíos para pensar América Latina". *Actas del Congreso Internacional LASA 2003*. Disponible en <http://lasa.international.pitt.edu/Lasa2003/MelgarejoMariadelPilar.pdf> (28-02-11).

VALENCIA, ALBERTO (2007). "Estanislao Zuleta (1935-1990)". Santiago Castro-Gómez y otros (ed.) *Pensamiento colombiano del siglo XX*. Universidad Javeriana, Instituto Pensar, Bogotá. (157- 174).

NANCY, JEAN-LUC (2001). *La comunidad desobrada*. Madrid, Arena.